

María, Madre de la Reconciliación

Alejandro Martínez Sierra, S. J.

1. Introducción

Decir que el miedo se ha convertido en un mal endémico de la sociedad moderna no es hacer ningún descubrimiento sociológico ni rendir un tributo a ninguna ideología catastrofista. Es sencillamente tomarse el pulso a sí mismo como miembro de una sociedad convulsa. El clima de tensiones entre bloques, regiones, clases sociales, ambientes familiares y eclesiales es el foco que origina el temor y el miedo. Vivimos una paz que se nos muestra enclenque y quebradiza.

La Iglesia se ha hecho eco de esta lacra de la sociedad y ha analizado sus causas y remedios. Le mueve a ello no el afán de hacer piruetas en la cresta de la ola sino el deseo y la obligación de servir al hombre, ayudándole a encontrar el camino de la convivencia pacífica. Al sacar de sus tesoros lo nuevo y lo viejo, redescubre su dimensión reconciliadora en medio del mundo y se presenta como espacio de comunión y reconciliación. Ya advertía el apóstol Pablo en su segunda carta a los cristianos de Corinto que Dios nos confió el ministerio de la reconciliación y por eso, como embajadores de Cristo, os suplicamos: Reconciliaos con Dios (cfr 2 Cor 5, 18-20). La Iglesia ha de ser en el mundo, por deseo expreso de su Fundador, lugar de confluencia, donde no hay siervo ni libre, judío o gentil, sino comunidad de hombres nuevos igualados por su naturaleza — creados imágenes de Dios — y su destino — ser hijos en el Hijo —.

Pablo VI, en el discurso con que clausuraba la tercera sesión del Concilio Vaticano II, afirmó que

«el conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia».

Precisamente porque

«la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos, ni en sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, principal fuente de su eficacia santificadora, ha de buscarse en su mística unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de aquella que es la Madre del Verbo Encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación» (n. 23).

Esta es la razón de que en una reflexión cristiana sobre el ministerio eclesial de la reconciliación María se convierta en camino de comprensión y en puerta abierta hacia la profundidad del misterio. María es madre de la Reconciliación.

2. La obra de Jesús como reconciliación

Pablo y Juan han entendido perfectamente que la obra de la Redención era esencialmente una reconciliación. A Pablo se le transparenta el rostro agonizante de Jesús para dejarle contemplar en sus gestos la mirada misericordiosa del Padre. El era el que estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo (2 Cor 5,19). Esta dimensión vertical se conjuga con la horizontal. Es el mismo Pablo el que nos presenta en la carta a los Efesios los efectos sociales de la Redención. Cristo

«es nuestra paz, El que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los Mandamientos con sus preceptos para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo por medio de la Cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino, pues, a anunciar la paz: paz a vosotros que estabais lejos y paz a los que estaban cerca. Pues por El unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu» (Ef 2, 14-18).

El muro de piedra que separaba el atrio de los gentiles del de los judíos en el templo de Jerusalén da pie al autor de la carta a los

Efesios para desarrollar el horizontalismo de la reconciliación. El muro es el símbolo de la radical oposición, enemistad la llama el autor, que marcaba la Ley mosaica entre los judíos, pueblo santo y los gentiles, contaminados por la idolatría. Cristo allanó con su muerte el tabique de la separación para hacer un solo atrio al que tuvieran acceso indiscriminado los dos pueblos. La Cruz es el comienzo de la nueva humanidad y el instrumento del amor divino para reconciliar a los hombres entre sí. El plan eterno de salvación, revelado en la muerte de Cristo, es que «los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Cristo Jesús» (Ef 3,6). Es ahí, en Cristo, donde se unen los hombres cohesionados entre sí en un mismo cuerpo, porque Cristo se ha convertido en lugar de encuentro para la humanidad. El es el que tomando de la mano a los que por el pecado estaban separados los condujo en el Espíritu a la intimidad con el Padre y los hace así miembros de la familia de Dios. Esa es la nueva humanidad, en la que no deben existir razas ni clases sociales sino la armonía perfecta que coordina los diversos miembros de un mismo cuerpo. Esta visión paulina de la Redención es el reverso de la humanidad convulsa, tensa y degradada por el pecado, que pinta la carta a los Romanos. Desconocido culpablemente Dios, el hombre se erige otros dioses a los que tributa un culto aberrante. Su equilibrio interno se rompe y profana su dignidad personal con las mayores aberraciones. Su egoísmo desatado destruye toda relación social y la humanidad vive un enfrentamiento a muerte (cfr Rom 1,18-32). Nada de extraño que si Pablo concibe el pecado como ruptura de la armonía vertical y horizontal del hombre describa la Redención como reconciliación del hombre con Dios, con sus hermanos y con el mundo.

También Juan consideró la misión de Jesús como la tarea de unir lo disperso. En un clima de muerte, a raíz de la resurrección de Lázaro, los judíos deciden asesinar a Jesús. La gente se va tras El y es necesario impedir su triunfo ascendente. Caifás decide tajantemente la deliberación del Consejo formado por los sacerdotes y fariseos:

«Vosotros no sabéis nada, ni caéis en cuenta que es mejor que muera uno solo por el pecado y no que perezca toda la nación»

Caifás habla como un gobernante despiadado que busca, conculcando los derechos del hombre, lo que juzga una prudente medida política. Teme que los romanos se lancen a una dura represalia contra el pueblo judío ante lo que él considera perturbaciones sociales causadas por el éxito de Jesús. Quiere quitarlo de delante, su

muerte liberará al pueblo de la amenaza romana. Pero Juan, que lee más allá de los acontecimientos humanos comenta:

«esto no lo dijo por su propia cuenta sino que, como era Sumo Sacerdote, profetizó que Jesús iba a morir por la nación, y no sólo por la nación, sino para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn 11,49-52).

En esta apostilla del evangelista resuenan las voces proféticas que anunciaron la salvación en la era escatológica. Según el Antiguo Testamento, los hijos de Dios dispersos son los judíos exiliados que Yahvé ha dispersado entre los gentiles a causa de sus pecados (cfr Deut 28,58-68).

La predicación de los profetas les mueve a conversión y Dios reúne de nuevo a su pueblo (Is 11,12; Miq 2,12), con el que establece una alianza nueva (Jer 31,31-34), cuyo mediador es el Siervo (Is 42,6). Esta comunidad de la nueva alianza no estará formada solamente por los judíos sino también por los gentiles (Is 2,3, Zac 2,15).

Juan como Pablo acentúa la unidad de los pueblos como consecuencia de la muerte de Cristo. En la parábola del Buen Pastor Jesús pregona que tiene otras ovejas que han de entrar en el mismo redil para que no haya más que un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor (Jn 10,16). La unión no es algo superficial en la nueva humanidad. Todos sus miembros están atraídos por el amor de Cris-

«Y yo cuando sea levantado de la tierra atraeré todos hacia mí» (Jn 12,32).

Las partículas arrastradas por el mal se apiñan. Los corazones atraídos por el mismo amor quedan en él unidos y compenetrados. Nada tiene de extraño que en la nueva humanidad Cristo sea la cepa de la vid y los hombres los sarmientos vitalmente unidos a El y por El también entre sí (Jn 15,13). La insistencia joánica en el mandamiento del amor a Dios y al hombre brota necesariamente de la comprensión de la Redención de Cristo como obra de reconciliación y de la nueva humanidad como de una comunidad convocada y vitalizada por el amor de Cristo. La fe en Jesús implica el amor de los hermanos por la permanencia de Dios en nosotros. Porque

«éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó» (1 Jn. 3,23).

3. *María, Madre en la reconciliación*

Las palabras de Jesús en la Cruz, poco antes de su muerte, son sin duda alguna el momento solemne de la proclamación ante la creación entera de la maternidad de María entre los hombres. El narrador recoge un dato histórico de la vida de Jesucristo: su gesto de piedad filial hacia su Madre. Pero, fiel a su consigna de contemplar la historia al trasluz de la revelación, descubre el sentido salvífico, trascendente y metahistórico de la escena. Encuadrada en un momento solemne y flanqueada por sucesos reales empapados de sentido teológico, se convierte Ella misma en lugar de revelación.

Su estructura literaria nos orienta hacia su significado profundo. La expresión: «HE AHI» designando a una persona es conocida en el cuarto evangelio para presentar el esquema de revelación. Juan el Bautista ve pasar a Jesús cerca de sí y de sus discípulos y exclama:

«He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29-36).

Estamos al comienzo del evangelio y de la vida pública. El evangelista describe una escena que entra plenamente en el esquema literario de revelación. El Bautista, como presentador, proclama ante sus discípulos la dignidad de Jesús bajo el símbolo del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. No es que entonces Jesús quede investido de su misión. La tiene desde siempre. Pero sólo por boca de Juan se proclama, se revela ante otros su misión. Creo que en la mente del narrador las palabras del Bautista trascienden el momento histórico concreto para proclamar ante los lectores de todos los tiempos la misión soteriológica de Jesús.

Dos veces en la Pasión se repite la misma figura literaria. Desde el Pretorio y ante las turbas enfurecidas, Pilatos socarronamente declama: «He ahí al hombre». Y poco después «He ahí a vuestro Rey» (Jn 19,5,15). La ironía sarcástica del gobernador romano no le impide al autor del cuarto evangelio convertir su gesto y expresión en palabra profética ante el mundo. Sobre un fondo de burla, rechazo y hostilidad se proclama, se anuncia solemne y patéticamente la realeza de Jesús.

El estilo literario de la encomienda alternativa de María y el discípulo pertenece también al esquema de revelación. El autor de las palabras y la ocasión de su proclamación en el momento cumbre de su vida «cuando pasa de este mundo al Padre» (Jn 13,1), revisten

de una solemnidad, nunca más repetida en la historia, el contenido de su mensaje. La maternidad de María entre los hombres queda proclamada como testamento sublime de Cristo moribundo. Si en un primer plano la revelación descubre a María y al discípulo su nueva relación de Madre e Hijo, también en esta narración la intención del evangelista rompe el marco geográfico y temporal para hacerlas llegar a donde quiera se lea su evangelio.

Para Juan, lo hemos indicado más arriba, la Redención es la reunión de lo disperso en una nueva comunidad. Sólo después de la Resurrección llama Jesús hermanos a sus discípulos en el cuarto evangelio. En el Misterio Pascual se ha realizado el alumbramiento de la nueva sociedad, en la que Cristo es el hermano mayor bajo la mirada del Padre Celestial:

«Vete donde los hermanos, dice Jesús a Magdalena, y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (Jn 20,17).

La proclamación de la maternidad de María en este ambiente pascual tiene claramente connotaciones eclesiales. Si, como ya desde el siglo II comentaron los Santos Padres, la pincelada descriptiva de la sangre y agua, que manan del costado herido de Cristo, son una referencia al nacimiento de la Iglesia mediante la alusión al agua del bautismo y a la sangre de la Eucaristía, los dos sacramentos que construyen la Iglesia, tendríamos una razón poderosa para descubrir en la mente de Juan la maternidad de María en relación con la Iglesia. Cuando se constituye la nueva familia de los hijos de Dios se anuncia desde lo alto de la Cruz la presencia en ella de María como Madre.

La conducta de Juan hacia Ella no deja de ser paradigmática y aleccionadora. «Desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa», o como prefieren traducir otros, «la puso entre sus cosas queridas» (Jn 19,27). Las notas del discípulo definen al verdadero seguidor de Cristo: el discípulo a quien amaba Jesús, es decir, el que acepta a Cristo como Maestro y es amado por El. Interpretadas estas dos características desde la parábola del Buen Pastor, encontramos una pista para descubrir el sentido de la escena. Fe es oír el silbido del pastor, conocerle y seguirle para formar parte de su redil. Cuando Juan escribe en su evangelio no hay más redil que la Iglesia, donde se congregan todos los creyentes en Cristo. Esa es la casa del discípulo donde El acoge a María como algo profundamente querido.

Después del milagro de Caná, cuando queda constituida la primera comunidad de creyentes, Juan resalta el puesto de María al lado de Jesús dentro del grupo. Si Juan la ha puesto entre sus cosas queridas es porque ha visto en ello una forma nueva de expresar su amor al Maestro.

Para el autor del cuarto evangelio toda la Pasión es una sinfonía de amor. Cada escena no es más que un tiempo con ritmo distinto que trenza con los otros la armonía resultante. ¿También las palabras a María y Juan? Nada nos impide sospecharlo y el contexto nos garantiza la sospecha. María es el último regalo de Jesús. Por eso también Ella se convierte en revelación del amor de Cristo. Cuando el discípulo la lleva consigo tiene, si cabe, una garantía más del amor del Maestro y como tal la acepta y la venera.

Juan no es dado a comunicar datos autobiográficos en su evangelio. Al describirnos su propia actitud con María, más que hablar de sí mira en derredor y advierte a sus lectores que María, la Madre de Jesús, como él suele llamarla, ha de ocupar un puesto muy cerca del corazón en el verdadero discípulo de Cristo. Sin duda, el que en toda familia corresponde a la madre.

En la familia de los hijos de Dios hay una Madre, María, en cuyo regazo tienen que unirse los corazones de cuantos viven en el redil de Cristo: la Iglesia.

4. *María, sierva de la unidad en las bodas de Caná*

Si el Calvario es el momento de la proclamación de la maternidad de María, las bodas de Caná son la representación plástica de esa maternidad. Me atrevería a llamar al relato de este primer milagro una parábola en acción de la maternidad de María. Con ello no pretendo negar su realidad histórica sino constatar desde el primer momento su significado salvífico. Como reconoce hoy la exégesis seriamente documentada, Juan conjuga perfectamente lo simbólico con lo real, de suerte que ambos aspectos mutuamente se apoyan y complementan.

Las bodas de Caná pertenecen a la primera parte del evangelio de Juan, que suele llamarse el Libro de los Signos. Y dentro de este libro a la primera sección en la que se describe el cambio renovador de Jesús: su cuerpo resucitado será el nuevo templo, el hombre tiene que renacer de nuevo, Cristo da el agua nueva que quita toda la sed. En este arco de temas la narración de las bodas de Caná

representa el cambio de la antigua economía simbolizada por el agua, por la nueva representada en el vino.

El banquete de bodas, como símbolo de la nueva alianza, era suficientemente conocido por los profetas y sus ecos resuenan en la literatura neotestamentaria. Juan juega en la descripción con la figura del esposo. Casi sin darnos cuenta el esposo real de la historia se difumina para dejar paso, en un juego precioso de imágenes, a la figura de Jesús, que llega a suplantarle.

Propio del esposo es ofrecer el vino a los comensales. El de la historia no lo tiene y Jesús le suple proporcionando con abundancia un vino nuevo y extraordinario. Sorprendentemente Juan interrumpe en este momento el relato cuando un buen narrador lo comenzaría con la descripción pormenorizada y, sin duda, pintoresca de la sorpresa entre los comensales. Nada de eso le sirve de armazón y base a su enseñanza teológica. En la nueva economía Jesús es el esposo que ofrece con abundancia en el banquete escatológico el vino nuevo, símbolo de los bienes mesiánicos.

Pero Jesús, con ser el centro de la narración, no lo es todo. El evangelista maneja intencionadamente la figura de María. La destaca desde el primer momento: «Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús» (Jn 2,1). Es el pórtico de la narración. Como en una catedral gótica María ocupa el parteluz de la entrada principal. Luego gestiona muy ostensiblemente la factura del milagro para difuminarse cuando ya está realizada. De nuevo se destaca su presencia en medio de la comunidad, formada por los dos que acaban de estrenar su fe en Cristo. Son demasiado llamativas las intervenciones de María para no sospechar que el evangelista quiere subrayar su papel en el cambio de economía.

Es hoy patrimonio común de la exégesis que Juan relaciona la escena de Caná con la del Calvario. La enigmática respuesta de Jesús: «Mujer, no ha llegado mi hora», apunta inequívocamente en esa dirección. Siempre en el cuarto evangelio, la «Hora» de Jesús significa el momento de la pasión. Si en ella a María se le proclama como madre no es porque entonces comience a serlo. Tampoco Jesús es constituido «el cordero de Dios» cuando pasó delante del Bautista. María es madre y actúa como tal ya en las bodas de Caná.

El efecto inmediato del signo lo explicita el mismo Juan. «Manifestó su gloria, y creyeron en El sus discípulos». Por eso, agrupados en torno suyo, bajan todos juntos a Cafarnaum. Ya está en

marcha el nuevo Israel porque hay un grupo de creyentes que caminan con Cristo.

No sin cierta timidez comenta esta escena el Concilio Vaticano II:

«En la vida pública de Jesús aparece reveladoramente su Madre ya desde el principio, cuando en las bodas de Caná de Galilea, movida a misericordia, suscitó con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús Mesías» (LG 58).

A pesar de la parquedad de estas palabras creo que en ellas se establece una relación, al menos de principio a fin, entre la conducta de María y la fe de los discípulos. No se afirma de María que comenzase a creer en las bodas. Se habla del comienzo de la fe de los discípulos y se omite cualquier referencia a María en este punto. El silencio es en este caso elocuente. María no necesitó del signo para creer. Su conducta revela a la mujer creyente, llena de confianza y audacia. El milagro está motivado por esa fe y por ello puede afirmarse que a Ella le compete cierta maternidad en la fe y en la formación de la primera comunidad cristiana, porque su actitud creyente sirve de puente entre Jesús y los discípulos suscitando el primer milagro.

Toda la actividad de María, en la escena que comentamos, es profundamente reveladora. Su solicitud maternal le advierte de la falta de vino y, sin más mediación que su corazón, entra en escena. Propio de la madre es velar por las necesidades de la familia y tomar las providencias oportunas para remediarlas. María se nos manifiesta como la gran administradora que observa, cae en la cuenta de lo que falta, prevé y, sin que nadie se lo advierta, desarrolla su trabajo tutelar. La convivencia familiar y la unión nacen y se alimentan de multitud de detalles maternos que en la sombra crean el bienestar y por su medio la concordia. María nada posee, en lo económico, que pueda remediar la falta del vino con la consiguiente situación azarosa para los novios. Una súplica es todo su capital, que ella pone en juego con generosidad de madre. La petición produjo el milagro y el vino nuevo la alegría y expansión de los invitados. Entre bastidores María es madre.

Su influencia maternal no está en oposición a Cristo ni es independiente de El. Más bien la eficacia de María pasa a través de Jesús. Ella sirve de trampolín para que El manifieste su propia gloria. Ni en relación con el milagro ni con la agrupación de la primera comunidad María hace nada por sí misma. Todo sucede desde Cristo y por Cristo.

Juan, prgonero en el mundo de la maternidad de María, no nos ha conservado de ella más que dos frases suyas: «No tienen vino», «Haced lo que El os diga». En sí no tienen nada de originalidad. Son caseras y maternas, como recortes de una vida revestida de monotonía y vulgaridad. No es raro que en la vida lo sublime se revista de una forma vulgar y común. Son como dos coordenadas cuya intersección fija el puesto de María en Caná. Su papel es estar entre Jesús y los necesitados, entre Cristo y los sirvientes, entre el Maestro y sus discípulos. A Jesús le habla de las necesidades de los novios, a los sirvientes de la obediencia a la palabra de Jesús.

La primera expresión es una súplica. La segunda un consejo, una orden. Así se desdobra la maternidad de María. Ante Dios su cariño maternal es oración. Ella se sabe creatura — esclava insignificante se llamó en el Magnificat— y como tal compañera de los hombres. Porque como ellos conoce su propia limitación y su impotencia, pone los ojos suplicantes en quien todo lo puede y presta su voz a quien no la tiene, o no la usa, para atraer sobre él la protección divina. Su poder es oración y su influencia maternal pasa por el corazón del Padre.

Las palabras dirigidas a los sirvientes parecen estar tomadas de la orden dada por el faraón al pueblo de Egipto en tiempos de necesidad: «Id a José: haced lo que él os diga» (Gen 41,55). Con ellas manifestaba el monarca su fe en la gestión económica de José. Es un mandato y una exhortación a la confianza, al mismo tiempo que apuntan el camino de la solución. Como él María marca la ruta. Cristo es la solución e invita a confiar sin reservas en El. Los sirvientes se pusieron a sus órdenes sin cuestionarse el mandato recibido. María en Caná es puente entre Jesús y los hombres.

Tampoco aquí la enseñanza de Juan queda aprehendida en la empalizada de tiempo y lugar. Sus relatos son catequesis eternas para la vida de los creyentes. En su narración de las bodas, que originan la nueva comunidad, no pretendió mirar sólo al pasado sino con él y desde él iluminar el eterno hoy de la salvación en la Iglesia. En esta convivencia del nuevo pueblo de Dios, congregado en torno a Cristo, María tiene el papel de Madre que, como en Caná, lo ejerce por medio de la oración y en la invitación a la obediencia de Cristo. Juan hace resonar en el hoy de la Iglesia las palabras de ayer: «Haced lo que él diga».

En las bodas de Caná, anota Juan, que se manifestó la gloria de Jesús y que sus discípulos creyeron en él. Juan, testigo presencial de la transfiguración, había contemplado atónito y sorprendido

aquella misma gloria, mientras oía temeroso la voz que salía de lo alto, de la nube que cubría el monte: «Este es mi Hijo, mi Elegido, escuchadle» (Lc 9,35). La coincidencia entre las dos exhortaciones es absoluta. En ambos casos Jesús es la manifestación de la gloria de Dios y su voz es camino para el hombre.

La parábola del buen pastor puede servirnos de base para captar el alcance eclesial de la recomendación de María y su función de madre, la reconciliación. Jesús es el buen pastor porque aúna las ovejas, que el asalariado abandona y el lobo dispersa. El elemento aglutinante y conciliador es la voz del pastor, que debe ser oída y secundada por las ovejas, para llegar al conocimiento de Cristo, base de la comunicación en el único redil. La unificación en tanto se verifica en cuanto lo disperso se agrupa a través de la fe en el mismo Guía.

Ya en la alianza del Sinaí se bosqueja esta dinámica en la constitución del pueblo elegido. En lo alto del monte Yahvé le confiaba a Moisés, mediador de los israelitas:

«Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal para mí un reino de sacerdotes y una nación santa [...]. Todo el pueblo a una respondió diciendo: Haremos todo cuanto ha dicho Yahvé» (Ex 19,5,6,8).

La obediencia a la palabra de Dios y su puesta en práctica son los elementos que estructuran la comunidad de la alianza.

En el largo discurso de la cena vuelve una y otra vez el tema de la acogida a la palabra de Jesús, en la forma de obediencia a sus mandamientos. Es la única condición para llegar a la amistad con Cristo:

«Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15,14). «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15,10).

El paralelismo de estos dos textos nos descubre que la obediencia a los mandamientos es la identificación con la voluntad de Cristo, o lo que es lo mismo, aceptar su voz y seguir sus pasos. El mismo Jesús expresa así su unión con el Padre:

«Yo hago siempre lo que a El le agrada» (cfr Jn 8,29).

Pero este seguimiento de Cristo no se agota en la identificación con su persona. En El su discípulo encuentra al hombre como hermano, de donde nace ineludiblemente el amor al prójimo. No digas que amas a Dios, a quien no ves, si no amas al hombre, a quien ves (cfr 1 Jn 4,20). Por eso Jesús en su testamento espiritual insiste por igual en el amor a su persona y a los hombres.

«Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12).

Este será el distintivo en el nuevo Israel (cfr Jn 13,25). A la luz del sermón de la cena se comprende mejor la unidad del rebaño en el único redil bajo el cayado del buen pastor. No se trata de un gregarismo uniforme sino de la compenetración personal con Cristo y en El con todos los hombres. Por la permanencia en El se llega a la unificación de lo disperso en la Iglesia, que es la comunidad de los hombres, reconciliados por medio de Cristo con el Padre y entre sí.

Las palabras de María, dirigidas a los sirvientes, son su testamento para la Iglesia. Colocada por su maternidad divina al lado de Jesús, repite una y otra vez a la comunidad creyente: «Haced lo que El os diga». Su recomendación maternal queda avalada por lo que en ella fue lema personal de su vida: oír la palabra de Dios y llevarla a término. Cuando la mujer espontánea de la multitud lanzó al aire, en una exclamación más sentida que afortunada, su admiración por Cristo:

«bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te amantaron»,

Jesús corrigió en un giro de 180°:

«No, más bien bienaventurado el que acoge la palabra de Dios y la cumple» (Lc 11,28).

Para Jesús esa era la grandeza de su Madre y su timbre de gloria: aceptar la voluntad del Padre y llevarla a cumplimiento en la entrega de cada día.

En el camino de la vida María es la flecha luminosa que orienta con su palabra y su vida hacia Cristo. Así actualiza su función maternal en la reconciliación. Quien sigue su orientación se encuentra con Cristo y en El con el Padre y los hombres.

«Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14,20).

En resumen, en la nueva economía instaurada por Cristo María desempeña su papel de Madre en la reconciliación, hablando a Jesús de las necesidades de los hombres y a los hombres de la obediencia a la palabra de Jesús.

5. María, Madre de la Reconciliación

Paso a paso la contemplación del misterio de María a través del misterio reconciliador de Cristo nos ha llevado de la mano a una nueva comprensión de la presencia de María en él. María no sólo Madre en la reconciliación sino también Madre de la Reconciliación. La piedad cristiana ha multiplicado los títulos marianos que de una u otra manera expresan esta idea. Todos ellos se enraizan en la intuición antigua de la cooperación de María a la obra de la Redención. El tema es vidioso en el marco ecuménico y por ello ha de ser tratado sin exageraciones, al mismo tiempo que sin silencios.

La exégesis moderna ha destacado con fuerza el protagonismo de María en la narración de la anunciación. El relato lucano es más la descripción de la vocación de María que el mero anuncio del nacimiento de Jesús. No excluye lo uno de lo otro. La vocación es la maternidad y ésta incluye el nacimiento.

Si se compara la vocación de María con las de los grandes personajes del Antiguo Testamento como Abraham, Moisés, Gedéon, etc., se advierte un común denominador en todas ellas que revela el estilo de Dios. La vocación no es impositiva sino oblativa. No se trata de una orden sino de una llamada, que ha de ser acogida libremente por el elegido. Dios estará con él para llevarla a término, pero sin coacción de ningún género. Nunca el llamado es un instrumento ciego en las manos de Dios sino un colaborador consciente y libre. Dios se muestra siempre profundamente respetuoso con la autodeterminación del hombre.

La decisión libre supone un conocimiento, al menos general y en la medida de lo posible, de la empresa para la que se le pide su consentimiento. Moisés no se cree capaz de ser el caudillo que libere al pueblo esclavo del poderoso Egipto, ni Gedeón se siente con fuerza personal y hombres suficientes para luchar contra el fuerte Madián (cfr Gen 3-4; Juec 6,11-24). A uno y otro se les rompen las barreras de su timidez con la seguridad del apoyo divino: «Yo estoy

contigo». El estilo cuidado con que Lucas presenta los acontecimientos del Evangelio de la Infancia en una serie ininterminable de alusiones, más o menos veladas a sucesos similares del Antiguo Testamento, hacen suponer que la vocación de María hay que encuadrarla en el mismo paradigma.

Por otra parte, si se compara la actitud de María con la de Zacarías, en sus respectivas anunciaciones, la intencionalidad de Lucas se hace evidente. Hay en María una cierta serenidad reflexiva que la hace dueña de la acción. No le turba la presencia del ángel sino las palabras del saludo: «Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo» (Lc 1,29). Su gesto reflexivo y su extrañeza se convierten en pregunta, que el ángel intenta explicar: «No temas... concebirás...». No satisfecha por la aclaración indaga aún más: «Cómo sucederá esto, puesto que no conozco varón?». El ángel descorre, en cuanto puede, el velo que cubre el misterio y asegura, sin que nadie se lo pida, su mensaje invocando la omnipotencia de Dios, hecha signo palpable en la maternidad inesperada de Israel, la estéril. Sólo entonces María asiente, entregándose a una aventura que ella estima difícil y misteriosa. Su audacia se fundamenta en la certeza de que la palabra de Dios, fiel y poderosa, avala su opción y garantiza el éxito. La descripción primorosa de Lucas no deja lugar a dudas. María da su libre consentimiento a una vocación cuyas dimensiones la desbordan pero a la que se puede comprometer desde su impotencia personal y la ayuda del Dios omnipotente.

En el contraste con otras anunciaciones llama la atención la espera del ángel por la respuesta de María cuando normalmente es él quien cierra el diálogo. No sucede así en este caso. Es ella quien pronuncia la última palabra. El mensajero la recoge, el Espíritu la cubre con su sombra y la convierte en la morada de Dios entre los hombres. Son los dos tiempos en que se realiza el misterio de la encarnación.

El Concilio Vaticano II comenta la fuerza del Sí de María:

«El Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la madre predestinada para que de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyese a la vida» (LG 56).

Según estas palabras María, por su asentimiento al mensaje del ángel, se adentra con una eficacia vital en la obra de la Reden-

ción. Su aportación se debe no a una necesidad absoluta sino a la disposición de Dios, que quiso contar con su previo asentimiento para realizar la encarnación.

Se recoge en esta exposición conciliar una interpretación conocida ya en los albores de la Teología. En el siglo II autores de la talla de san Justino y san Ireneo establecen el paralelismo Eva María. Podemos sintetizarlo así: Eva, virgen y desobediente, es causa de muerte para sí y para todo el género humano; María, virgen y obediente, es causa de salvación para sí y para todo el género humano (cfr Iren. *Contra las herejías*, III 22,4). La comparación fue muy del gusto de los Padres, que la ampliaron y formularon de distintos modos hasta llegar a afirmar que como Eva María era madre de los vivientes (cfr Epifanio, *Panarion* 78,18). El tema ha sido largamente tratado por la Teología medieval y moderna.

Es preciso notar que en esta interpretación la maternidad de María hacia los hombres nace juntamente con su maternidad hacia Cristo. No es en la cruz donde le nace a María su maternidad universal sino en el FIAT de la anunciación, porque la redención comienza en el mismo momento de la encarnación. El autor de la Carta a los Hebreos pone en boca del Verbo su autooblación al Padre en el momento de su entrada en el mundo y añade:

«En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo» (Hebr 10,10).

La encarnación es la base y comienzo de todo el misterio de la reconciliación. Por ella el Verbo se solidariza con la humanidad caída y puede abrazarla en su muerte, cuando el Padre reconcilia

«por El y para El todas las cosas pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (cfr Col 1,20).

«El Hijo de Dios, afirma el Concilio Vaticano II, con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre [...]. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado» (GS 22).

Si son válidas las premisas expuestas parece lógico concluir que María, en tanto en cuanto, por disposición divina, influye en su

aceptación en el hecho de la encarnación redentora, influye también en El y por El en la reconciliación de los hombres. Con todo derecho se puede decir de Ella que es Madre de la reconciliación.

Hay que añadir que María, por el Sí al anuncio del ángel, no sólo coopera activamente a la realización de la encarnación sino también al desarrollo del plan de salvación. Su asentimiento a la palabra de Dios es la consagración total de su persona a la obra de la salvación.

«Así María, hija de Adán, afirma el Concilio Vaticano II, al aceptar el mensaje divino se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con El y bajo El con la gracia de Dios omnipotente» (LG 56).

No es necesario que María conozca, ya desde la Anunciación, todo el plan de salvación en la forma concreta de su desarrollo para que de hecho su vida sea una colaboración positiva a él. Su Sí consciente y libre hacen suponer un cierto conocimiento de la empresa. María acepta *el todo* sin reservas aunque ignore sus pormenores. La vida irá desgranando uno a uno sus contenidos que ella aceptará con un conocimiento cada vez más profundo y con la misma decisión inicial, que a fuerza de ser repetida, en circunstancias cada vez más difíciles y, a veces misteriosas, se va haciendo más firme y más reconciliadora. No en vano era actitud habitual en ella recogerse en oración a solas para descifrar, en una fidelidad incommovible, el misterio de su vocación (cfr Lc 2,19-51).

Esta es la razón de que todos los acontecimientos de la vida de María, por su relación a Jesús, queden ensartados en el hilo de su vocación de servicio al plan salvador. Con razón comenta el Concilio Vaticano II:

«Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó de forma enteramente singular a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia» (LG 61).

Recientemente, en su encíclica «*Salvifici doloris*», escribía Juan Pablo II:

«En ella (María) los numerosos e intensos sufrimientos se acumularon en una tal conexión, que si bien fueron prueba de su fe inquebrantable fueron también una contribución a la redención de todos. En realidad, desde el antiguo colóquio tenido con el ángel, Ella entrevió en su misión de madre el 'destino' a compartir de manera única e irrepetible la misión misma del Hijo. Y la confirmación de ello le vino bastante pronto, tanto de los acontecimientos que acompañaron el nacimiento de Jesús en Belén, cuanto del anuncio formal del anciano Simeón, que habló de una espada muy aguda que le traspasaría el alma, así como de las ansias y estrecheces de la fuga precipitada a Egipto, provocada por la cruel decisión de Herodes» (n.º 25).

No se le ha pasado desapercibido a Lucas la participación de María en los sufrimientos de Jesús. Hay en la narración de la presentación de Jesús en el templo ciertas anomalías estilísticas que llaman poderosamente la atención.

«Cuando, según la Ley de Moisés, se cumplieron los días de la purificación de ellos...».

¿Por qué este raro plural «de ellos»? La purificación afectaba solamente a la madre. Lucas ve la escena más como presentación-oblación que como purificación. La presentación es descrita con una fórmula litúrgica que acentúa el aspecto oblacional. El empeño en recalcar la obediencia a la Ley le fuerzan al evangelista a usar el término purificación en fidelidad al texto del Levítico (12,2-4). El momento es solemne. En el templo de Jerusalem y por manos del legítimo sacerdocio, se ofrece a Dios el comienzo de un sacrificio que aboliría todos los anteriores. Pensar en la autooblación del Verbo se cae de su peso si recordamos el texto que más arriba hemos citado de la carta a los Hebreos.

¿Cuál es el papel de María? Algo más que mera expectadora. Lucas la ha unido a Jesús en el comienzo: «La purificación-presentación de ellos». ¿También en este momento oblacional? María y Jesús cumplen la ley. Es el camino de la liberación. «Sometido a la ley, decía Pablo a los Gálatas, para liberar a los que estaba sometidos a ella» (Gal 4,4s, cfr Fil 2,6-?) María y Jesús cumplen el plan de reconciliación. La obediencia, que redime, es vivida conscientemente por María mientras el Verbo, en la humanidad que ella le prestó, se ofrece por los hombres. Coexisten dos ofrecimientos que el Padre acepta conjuntamente: la obediencia de la Madre y la obla-

ción de Jesús. Los dos cumplen la voluntad del Padre. María, al lado de su Hijo, vive consciente una historia que, por ser la de Jesús, es historia de salvación y en lo alto el Padre acepta complacido la doble ofrenda.

En la historia de la compasión de María tiene una gran importancia la profecía de Simeón. Intencionadamente está dirigida a María con exclusión de José (cfr Lc 2,33). Tiene por objeto la suerte del Mesías considerada en su aspecto trágico. En la línea del Siervo de Yahvéh, Jesús es presentado como signo de contradicción que dividirá a los hombres. Intercalada en la predicción acerca de Jesús se encuentra la referencia a María.

Una interpretación que asciende hasta San Agustín y que tiene una gran vigencia en nuestros días, interpreta la espada de Simeón como la compasión de María junto a la cruz más allá de los sentimientos puramente maternos. La redacción un tanto extraña que interrumpe la afirmación acerca de Jesús para introducir la alusión a María, parece un indicio suficiente para descubrir que en la mente del autor la pasión del Hijo y los sufrimientos de la Madre componen una cierta unidad. Los dolores de María no en sí mismos sino en cuanto quedan incorporados a los de Jesús, forman parte de ese suceso salvífico que será la causa de que se manifiesten los corazones de los hombres. Ese hecho es el juicio escatológico de Dios sobre el mundo en la muerte de Cristo. Juicio de salvación y concordia, que la maldad de los hombres convierte en motivo de disgregación y división.

El parentesco entre el Evangelio de la Infancia de Lucas y Juan es hoy suficientemente reconocido por los especialistas. En este punto hay una coincidencia sorprendente entre los dos autores. También Juan considera el momento de la pasión como el del juicio de Dios.

«Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado abajo» (Jn 12,31).

Jesús, en el diálogo con Nicodemos, precisa que Dios interviene para salvar al hombre, no para condenarlo.

«Porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para condenar al mundo sino para que el mundo se salve por El. El que cree en El no está condenado, pero el que no cree en El ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios» (Jn 3,17s).

Juan ha centrado toda la actividad de María en relación con la «Hora de Jesús». Más aún. Le ha reservado un puesto en ella. Era necesario proclamar su maternidad espiritual en el momento más intenso de su dolor, que fue sin duda el de mayor unión entre el Hijo y la Madre, aunque separados físicamente por el madero de la cruz. Así coopera a la restauración de la vida sobrenatural en las almas. Esa vida es la que reunifica lo disperso en la unidad de Cristo obrando la reconciliación universal. Por eso debe llamarse a María Madre de la Reconciliación.

Vale confirmar esta colaboración de María con las palabras del Papa en la carta apostólica sobre el dolor:

«Más aún, después de los acontecimientos de la vida oculta y pública de su Hijo, indudablemente compartidos por Ella con aguda sensibilidad, fue en el Calvario donde el sufrimiento de María santísima, junto al de Jesús, alcanzó un vértice ya difícilmente imaginable en su profundidad desde el punto de vista humano pero ciertamente misterioso y sobrenaturalmente fecundo para los fines de la salvación universal. Su subida al Calvario, su 'estar' a los pies de la cruz junto con el discípulo amado, fueron una participación del todo especial en la muerte redentora del Hijo» (n.º 25).

Sería un error reducir al pasado la actividad de María en la Reconciliación. Glorificada ya al lado de Cristo cabeza de la humanidad, cuida con amor materno de los hermanos de su Hijo, sometidos todavía a la acción disgregadora del pecado. Su oración de Madre, como la de Jesús en la última cena, impulsa la unidad de la familia humana y obtiene para los hombres los dones de la salvación eterna (cfr LG 62).

Si en la familia hay un corazón ése es la madre. Ella es el punto de confluencia de todos los dolores y alegrías de la familia. Su capacidad de aguante, ternura y entrega hacen de ella ese regazo grande y caliente donde todos se sienten seguros y unidos. Imposible encontrarse cómodos en él si la tensión o la discordia con los hermanos anidan en el propio corazón.

En la nueva familia de los hijos de Dios hay también una Madre por disposición divina. Lo proclamó solemnemente Jesús desde la cruz. María orante en el cenáculo, rodeada de los seguidores de Cristo, une con y en su ternura a la Iglesia naciente. Hoy en el gran cenáculo que forma la Iglesia, nuevo templo de Dios en el mundo, María sigue siendo una invitación a la unión y a la convi-

vencia familiar a cuantos creen en Cristo. Es un contrasentido tenerla a ella por Madre y no ver un hermano en quien es para ella un hijo de verdad.

6. María, Madre de la Reconciliación y los religiosos

En su reciente carta al episcopado de los Estados Unidos escribía el Papa:

«Por vocación los religiosos están íntimamente ligados a la Redención. En su consagración a Jesucristo son un signo de la Redención que El realizara. En la economía sacramental de la Iglesia se convierten en instrumentos que lleva esta Redención al Pueblo de Dios» (n.º 1).

Estas palabras pontificias son la aplicación de dos verdades proclamadas por el Vaticano II:

«La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1)

y la vocación religiosa

«una peculiar consagración, que radica íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa con mayor plenitud» (PC 5).

Ante sí misma y ante el mundo proclama la Iglesia que la vida religiosa es la puesta en práctica de un proyecto de vida que pretende llevar hasta las últimas consecuencias el compromiso cristiano. Cuando Dios, mediante la vocación, escoge, segrega y dedica a sí mismo una persona, la compromete al mismo tiempo para la realización de su designio de amor: la reconciliación del género humano (Doc. a los obispos de Estados Unidos, n.º 23). Cristo, el primer consagrado de la historia, es el prototipo de toda vocación religiosa. Su vida, consagrada al Padre, es la Reconciliación de los hombres. Como Jesús, María a su lado entrega su vida a la misma obra. El religioso, por su consagración personal, ha sido separado para ser enviado a la misma misión de Cristo. Individual y comunitariamente ha de ser sacramento de reconciliación en el mundo.

En este quehacer suyo, esencial e inalienable, María, Madre de y en la Reconciliación, es su maestra y guía. Toda la vida del reli-

gioso nace de su compenetración con Cristo. Como María los religiosos han de ser puentes entre el hombre y Dios con su oración y su testimonio. En el banquete de la vida falta con frecuencia el vino de la Alianza nueva sin que los mismos comensales adviertan su deficiencia. Es cometido de los religiosos ser como María madres vigilantes que caigan en la cuenta de la necesidad que padecen los hombres, sus hermanos, para que pongan su capital al servicio de los necesitados. Su tesoro es la fe, la confianza y la oración. Hablar al Dios de las necesidades de los hombres, prestar su voz a los que no la tienen por ignorancia o timidez.

Ante los sirvientes María señaló con firmeza el camino hacia Cristo. Su exhortación sencilla, pero llena de amor y confianza, es todo un programa de apostolado. También al religioso se le ha confiado esta mediación. Su experiencia de Dios y su amor a Cristo son dones confiados por el Espíritu con el encargo de presentarlos doblemente ante los hombres: con la palabra y el testimonio de vida.

A través del Cristo doliente María se convirtió en Madre de Reconciliación uniendo su dolor al suyo. Abría un nuevo camino al dolor humano. Su compasión con Cristo es una tercera lección para el religioso, que quiere ser fiel a su misión reconciliadora. También para eso ha quedado abierto el corazón de Cristo, para que podamos depositar nuestros sufrimientos, juntamente con los de María, en el único altar en que quieren ser aceptados por el Padre para la Reconciliación del mundo.

María, Madre en y de la Reconciliación, es maestra para el religioso puesto por Dios en el mundo como sacramento de Reconciliación en medio de los hombres.

ALEJANDRO MARTINEZ SIERRA

Jesuita español, doctorado en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Hasta el presente es profesor ordinario de la Universidad de Comillas (Madrid). Por su especialización en Mariología es miembro de la Sociedad Mariológica Española y de la Pontificia Academia Mariana Internacional. Su último libro, *Mariología*, fue publicado en 1986.